

Un aspecto de la Antropología social en las Fiestas Euskaras: la emigración a Uruguay y los Montebideoko kantuak

(Aspects of social anthropology in Basque Festivities: Emigration to Uruguay and the Montebideoko kantuak)

Goicoetxea Marcaida, Angel*

Eusko Ikaskuntza
Miramar Jauregia
Miraconcha, 48
20007 Donostia

* Eusko Ikaskuntza

El presente trabajo aborda el fenómeno emigratorio vasco a algunos países de América –en particular a Uruguay– tan acusado en el segundo tercio del siglo XIX, y su expresión social en los Montebideoko kantuak, conjunto de poemas y canciones, cargados, salvo raras excepciones, de nostalgia, pesimismo y frustración, que dan una visión parcial y unilateral de este fenómeno sociológico, dejando de lado la otra cara de la emigración, la más grata, la de aquellos que triunfan o por lo menos salen adelante en esa difícil coyuntura.

Palabras Clave: Antropología. América. Emigración. País Vasco. Carlista. Poesía.

Lan honek Ameriketako zenbait herrialdetarako euskal migrazioaren fenomenoari heltzen dio, bereziki Uruguayko kasua aztertzen duela. XIX. mendearen bigarren herenean guztiz bizirik zegoen arazoa eta Montebideoko kantuak haren adierazpide soziala izan ziren. Poema eta kanta sorta hau, salbuespen bakanak salbu, herri minez, ezkortasunez eta etsipenez beterik zeuden; modu horretara, fenomeno soziologikoaren ikuspegi partziala eta alde batekoa ematen du, emigrazioaren beste alderdia, atseginena, alde batera uzten baitzuen, hots, arrakasta lortu zuten edo, gutxienez, kinka zail hartan aurrera atera zirenei dagokiena.

Giltz-Hitzak: Antropologia. Amerika. Migrazioa. Euskal Herria. Karlista. Poesía.

Ce travail aborde le phénomène de l'émigration basque dans certains pays d'Amérique –en particulier en Uruguay– si important dans le second tiers du XIXème siècle, et son expression sociale dans le "Montebideoko Kantuak", ensemble de poèmes et chansons chargés, sauf en de rares exceptions, de nostalgie, pessimisme et frustration, qui donnent une vision partielle et unilatérale de ce phénomène sociologique, laissant de côté les autres facettes de l'émigration, la plus agréable, celle de ceux qui triomphent ou tout du moins qui s'en sortent dans cette difficile conjoncture.

Mots Clés: Anthropologie. Amérique. Emigration. Pays Basque. Carliste. Poésie.

INTRODUCCIÓN

El fenómeno emigratorio vasco a países de América, tan acusado en la segunda mitad algunos del siglo XIX, es merecedor de ser estudiado con atención en las diferentes facetas que presenta.

Varias son las razones que tratan de explicarlo, aunque el hecho no era nuevo. Según un estudio realizado por Douglass y Bilbao¹, ya en 1511 el cuatro y medio por ciento de los pasajeros legales que se dirigían a América eran vascos. Con el paso del tiempo el proceso no hizo sino acentuarse. Durante la primera mitad del siglo XVII la sangría ejercida por la colonización americana y los servicios a la armada y al ejército, habían dejado el País en una situación de grave desequilibrio demográfico, sobre todo en Vizcaya, donde las mujeres constituían las tres cuartas partes de la población con respecto a los hombres.

Existía, pues, una larga tradición migratoria en el País Vasco, que se ha querido relacionar con la personalidad y la psicología de sus gentes: una mezcla de voluntad, carácter y un fondo atávico por la aventura, alentado, naturalmente, por una serie de factores sociales, económicos y políticos. Las malas cosechas, el crecimiento demográfico, el hambre que afectó a ciertas zonas del País a mediados del siglo XIX y las guerras carlistas, pueden ser algunos de estos factores, así como el propio derecho consuetudinario, al impedir la división de la propiedad rural, quedando toda ella en beneficio de un único heredero, en tanto que el resto de los hermanos se veían obligados a emigrar, a entrar en las órdenes religiosas o a alistarse en el ejército.

CAPTACIÓN DE EMIGRANTES

Pocos años después de su independencia, el Gobierno Uruguayo, bajo la presidencia de Fructuoso Rivera, inicia una política de fomento a la emigración. La primera disposición se dicta el 26 de agosto de 1834, en virtud de la cual se creaba un fondo de 10.000 pesos para auxiliar a aquellos colonos europeos que voluntariamente deseaban fijarse en Uruguay, especificando la preferencia a solicitar estos auxilios de las mujeres, los artesanos y los meros trabajadores o peones, aunque el decreto puntualizaba que dichos auxilios "se aplicasen solamente a sufragar los pasajes, a alojar y alimentar al emigrado por el tiempo que lo necesitare, y con cargo a restitución"².

Para llevar a cabo estos planes fue enviado a Europa Francisco Giró, en 1835, realizando una serie de contactos con las autoridades españolas, con escasos resultados prácticos.

Posteriormente, otro decreto anunció la cesión y adecuación de terrenos en la zona del Cerro, próxima al puerto de Montevideo, destinados a alojar a los futuros emigrantes. Estas iniciativas oficiales tuvieron buena acogida por parte de dos hombres de empresa, el inglés Samuel Fisher Lafone y el criollo Juan María Pérez, que supieron agrupar entorno suyo a propietarios de saladeros, comerciantes y estancieros, entre los que se encontraban algunos de origen vasco, como Juan Antonio Porrua, Miguel Oyenard, Antonio Chopitea, José Remigio Picabea, León Zubillaga, Miguel Arizabala, Felipe Estavillo y otros. Lafone propuso al gobier-

1. J. Bilbao & W. Douglass: *Amerikanuak Los Vascos en el Nuevo Mundo*, pág 105. Bilbao, 1986.

2. A.R.Castellanos: *Historia del desarrollo edilicio y urbanístico de Montevideo (1829-1914)*, pág. 29. Montevideo, 1971.

no transportar, en una primera fase, mil emigrantes del País Vasco y Canarias, dando preferencia a los artesanos (canteros, herreros, albañiles, carpinteros, etc.).

Desde 1835, siguiendo las directrices marcadas por esta política, se encontraba en Bayona, trabajando, el súbdito francés Adolfo Gustavo Bellemare, en representación de la firma comercial de Montevideo Samuel Fisher Lafone, con el fin de dirigir y canalizar la emigración de colonos hacia el Uruguay. Bellemare comenzó a trabajar en la labor de captación de emigrantes desde el primer momento, publicando en Bayona, en julio de 1835, una "Noticia sobre la República Oriental del Uruguay", en la que daba referencias incompletas y muy generales sobre el país, destacando el fomento que allí encontraban la agricultura, la industria y el comercio. El efecto de esta propaganda no se hizo esperar, y varias expediciones de emigrantes vascos y bearneses parten hacia Montevideo, a finales de 1835.

El éxito de la empresa hace que Bellemare extienda sus actividades a otras zonas del País Vasco, firmando un convenio con el cónsul de España en Bayona, en virtud del cual emigrantes procedentes de Vizcaya, Guipúzcoa y Navarra podían trasladarse a Montevideo. Se trataba de llevar a la práctica el pensamiento de Juan Bautista Alberdi, "gobernar es poblar", que, casualmente, durante esos años reside en Montevideo, escapando de la tiranía de Rosas. Sin embargo, los métodos empleados para ello no fueron todo lo limpios que hubiera deseado este gran pensador vascoargentino, como tendremos ocasión de ver.

La primera llegada de vasco-franceses a la capital uruguaya tiene lugar en noviembre de 1835 y lo integraban un grupo de ciento sesenta personas que viajaban en precarias condiciones a bordo del *Hoelvelin*, dándose varios casos de escorbuto y viruela entre los pasajeros, lo cual suscitó una situación de rechazo por parte de las autoridades portuarias de Montevideo, impidiendo el desembarco de los afectados, sometidos a cuarentena de acuerdo con las normas de la Junta de Sanidad Pública. Este obstáculo fue al fin vencido por la actitud resuelta de Raymond Baradere, cónsul francés en esa ciudad.

La noticia de este penoso incidente fue recogida, en todos sus detalles, en el periódico de Bayona, *Memorial des Pyrenees*, y en él se animaba a los vasco-franceses a desistir a emigrar a un país de tan escasa hospitalidad.

Baradere por su parte había escrito al Gobierno Francés explicando el cuadro lastimoso de la acogida y subsecuente situación de los emigrados vascos en Montevideo. Con el fin de contrarrestar todas estas noticias Bellemare publicó, en 1836, un nuevo folleto titulado "Noticia estadística y comercial acerca de la República Oriental del Uruguay", que tuvo un efecto favorable entre los candidatos a partir en busca de mejor fortuna, ya que ese mismo año de 1836 varias expediciones de vascos y bearneses llegan a las costas uruguayas. En una relación correspondiente al año 1835 se da la cifra de 597 los vascos que habían llegado a este país americano bajo los primeros gobiernos constitucionales.

Por otro lado, la desbandada provocada por el final de la primera carlista contribuyó a nutrir el número de candidatos a pasar a la otra orilla del océano. Junto a todo esto y por si fuera poco, aparece una nueva figura relacionada con este movimiento de gentes, la del reclutado de emigrantes al servicio de las compañías navieras y de los nuevos gobiernos americanos, que con hábiles campañas publicitarias se dedican a captar emigrantes, despertando en ellos sueños de fáciles riquezas.

Varias firmas comerciales de Montevideo, algunas de ellas de propietarios de origen vasco: Salvador Etchegoyen, Martín Cazenabe, Rivas y Brié –socio de esta última era el médico bajonavarro Juan Bautista Brié– tenían comisionados en Guipúzcoa y en Bayona, encargados de reclutar jóvenes emigrantes con destino a Uruguay.

Sin embargo, los problemas y dificultades para los emigrantes vascos continuaron dándose. La tierra que los recibía, el ambiente social, político y las costumbres, resultaban extraños para algunos de estos jóvenes que no habían conocido hasta entonces otro horizonte que el pequeño mundo de sus caseríos y aldeas. El 3 de abril de 1836 fondeaba en la bahía de Montevideo la corbeta francesa *La Bonite*, permaneciendo en la ciudad hasta el día 28 de ese mes. En ella viajaban los acuarelistas Teodoro Augusto Fisquet y Enrique Benito Darondeau, autores de varios dibujos de distintos lugares de la capital uruguaya, que entonces contaba con quince mil habitantes. En el diario de viaje de esta expedición, publicado en París, en 1845, se describe una escena bastante dura observada por estos pintores durante su breve estancia. “De regreso a Montevideo, viniendo en una excursión por sus afueras, los señores Darondeau y Fisquet advirtieron numerosos hombres ocupados en derribar las murallas de la ciudad. Muchos de estos hombres estaban encadenados; eran condenados, a quienes se empleaba en los trabajos públicos. Nuestros viajeros se mostraron sorprendidos al ver entre ellos a varios vascos, a quienes se reconocía por su vestimenta y particularmente por la boina, tocado característico de su país. Como pidieran explicación de este hecho, se les dijo que estos vascos, arribados en gran cantidad para establecerse en el Uruguay, no habiendo podido pagar su pasaje, el gobierno de Montevideo había saldado su cuenta imponiéndoles la obligación de trabajar por su cuenta durante un tiempo determinado”³.

En 1841 el diplomático uruguayo José Ellauri, residente en París, trató con el gobierno español de agilizar los trámites burocráticos que impedían la salida de emigrantes hacia América. Ellauri era hijo del capitán vizcaíno Juan Andrés Ellauri y había nacido en Montevideo en 1789.

El emigrante, antes de embarcar, debía hacer escritura notarial en el país de origen, en el cual garantizaban él y su familia el pago del pasaje al empresario que le recibía en Montevideo. La policía uruguaya tenía plenas facultades para detenerlos por incumplimiento del mismo. Algunos empresarios o contratistas no satisfechos con ello, les hacían firmar un documento adicional, a su llegada al puerto, que les sometía a la condición de auténticos siervos. El profesor uruguayo N. Martínez Díaz ha recogido uno de ellos, que transcribimos a continuación: “Y al cumplimiento de todo lo aquí expresado obligo a mi persona y a la de mi familia, bienes presentes y futuros, dando poder a las justicias competentes y especialmente a la Policía de este departamento por quien se hará visar este documento para que se me apremie su observancia”⁴.

Según Castellanos, “los emigrantes canarios, vascoespañoles y franceses, y bearneses que en número creciente afluían a nuestras playas por intermedio de las agencias de colonización y bajo la protección oficial, preferían radicarse en nuestra ciudad o en sus inmediaciones –Tres Cruces, Aldea, Maroñas– como dependientes de comercios, peones de chacras, de hornos de ladrillos o de saladeros o en pequeñas industrias o artesanías domésticas (curtiembres, zapaterías, cesterías)”⁵.

3. A. de la Salle: *Viaje alrededor del mundo ejecutado durante los años 1836 y 1837 por la corbeta La Bonite*, tomo 1, pág. 224. París, 1845.

4. N. Martínez Díaz: *La emigración canaria al Uruguay: 1830-1860*; *Arbor*, C.S.I.C. nº 536-537, pág. 64-65. 1990.

5. A.R. Castellanos: *Historia del desarrollo edilicio y urbanístico de Montevideo (1829-1914)*, pág. 32. Montevideo, 1971.

Como es lógico, todo este trasiego de gente joven, fuente de problemas socioeconómicos y, a veces, de auténticas tragedias familiares, llegó a preocupar tanto a las autoridades civiles como a las eclesiásticas. En 1841, en las Juntas Generales de Segura –muchos de cuyos miembros pertenecían a la burguesía comercial y al sector de la población rural más acomodada– se pone de relieve el peligro que significaba la despoblación y la pérdida de brazos jóvenes para el desarrollo de la agricultura, el comercio y las artes del País. En otras palabras desaparecía del mundo laboral una mano de obra abundante y barata.

Pero, diez años más tarde el problema seguía igual. En 1852, D. Severo Andriani, obispo de Pamplona, vuelve a incidir sobre la cuestión en una circular publicada durante una visita pastoral a Astigarraga, en la que trata de mostrar a la juventud el lado amargo de la emigración, frente al espejismo de los pocos que regresaban favorecidos por la fortuna. Esta circular termina recordando a los “Curas Párrocos lean desde el púlpito en el primer día festivo esta nuestra Carta al tiempo del ofertorio de la Misa Mayor, y de la de Alba, donde la hubiere, que la expliquen después en el idioma propio de sus feligreses y que los exhorten a seguir el saludable consejo que en ella les damos”⁶.

En igual sentido se manifestaba la Diputación de Guipúzcoa, en 1867, a través de otra circular publicada en Tolosa, el 2 de diciembre de ese año, lo cual revela, una vez más, la magnitud del problema.

Durante la segunda guerra carlista (1872-1876), también los carlistas –cuya ideología era compartida por una buena parte del clero vasco– llevaron a cabo, en su zona de influencia, una política contraria a la emigración de jóvenes a América, por razones obvias. No habría brazos jóvenes para coger el fusil, si el proceso continuaba igual.

El escritor alavés D. José Colá y Goiti publica, en 1882, *La emigración vasco-navarra*, insistiendo, una vez más, en los peligros de una emigración desprovista de cauces reglamentarios para proteger los intereses de los emigrantes, de las falsas promesas alentadas por los agentes de emigración y los comisionados ligados a los mismos. El *Eco de San Sebastián*, al relatar los problemas que se dieron entre los pasajeros del vapor *Patagonia*, en 1883, califica a esta clase de personas de auténticos “enganchadores”, y publica un suplemento con el título *Erne Euskaldunak*, hoja informativa en euskera distribuida ampliamente en los Ayuntamientos y parroquias de Guipúzcoa, con objeto de contrarrestar la labor que venían realizando entre los jóvenes los citados “enganchadores”.

Esta preocupación se dio también en otros puntos de la Península y así, en Madrid, apareció la *Guía del emigrante español en el Uruguay*, publicada bajo la dirección de D. Pedro Sañudo Antrán.

La obra de Colá y Goiti tuvo varias ediciones, una de ellas en euskera, traducida por D. Marcelino Soroa con el título de *Euskal Naparren joaera edo emigrazioa (1885)*.

Otro escritor que supo reflejar muy bien esta situación es el uruguayo Alejandro Magariños: “Con motivo de la prohibición que ha existido, en varias épocas, de embarcar colonos para América, renovada últimamente a causa de la guerra que ha terminado entre Montevideo y Buenos Aires, tres o cuatro casas de comercio de estas dos ciudades verificaban este ilícito tráfico, realizando cuantiosas ganancias.

6. S.L. Andriani Escofet: Circular en la que se reprueba como inmoral el sistema de “enganchar jóvenes de ambos sexos para conducirlos al Continente Americano bajo las seductoras promesas de una estable fortuna y de un feliz porvenir” (Pamplona, 1852). Publicado por M.P. Pildain Salazar en: Ir a *América*. San Sebastián, 1984.

Después que sus buques despachaban los cargamentos en el puerto de la Península a donde iban destinados, dirigíanse a un punto aislado de la costa, y embarcaban 150, 200 o más pasajeros, sin pasaporte, sin previo contrato, sin otra garantía que las palabras del capitán, y las ofertas, más o menos capciosas, de los agentes de los consignatarios del buque.

Los principales inconvenientes que de esto resultaban era que los infelices colonos se obligaban a pagar sobre cubierta, alimentados y tratados sabe Dios cómo, 150 duros por un pasaje que a lo sumo valdrá 50, teniendo que trabajar cinco o seis años para satisfacerlo, y quedando enteramente a merced de sus explotadores, hasta llenar su compromiso.

Buques de 120 a 130 toneladas han llevado de este modo cerca de 200 colonos. Figúrese el lector cómo irían y cómo llegarían (los que llegasen).

Ha solido escasear el agua y las provisiones y morirse en la travesía la mitad de los pasajeros. Los canarios llegaban frecuentemente llenos de varias enfermedades herpéticas.

Arribaban a Montevideo o Buenos Aires; escogía el consignatario los que quería, y los demás, hombres, mujeres y niños, puestos en una barraca a usanza de la que se estila en los bazares mahometanos, pasaban a la servidumbre temporal del primero que satisfacía el importe de su viaje...

Nos faltan palabras para anatematizar tan ruin proceder. Por honor del nombre español, por honor de nuestro propio país, donde se ha tolerado ese escandaloso abuso, protegido por Rosas en Buenos Aires, y disimulado en Montevideo por las circunstancias excepcionales de la guerra, nos lisonjemos que no volverán a reproducirse escenas tan lamentables⁷.

Palabras que no dejan duda alguna sobre las tragedias generadas alrededor de este trasvase de personas, lanzadas a rehacer sus vidas en las jóvenes repúblicas americanas, algunas de ellas inestables políticamente y con conflictos armados internos, como acontece con el Uruguay de mediados del siglo XIX.

A pesar de todo nada va a detener esta sangría demográfica. El sueño americano había prendido con fuerza en una juventud con legítimas aspiraciones a mejorar su situación económica y posición social.

MONTEBIDEOKO KANTUAK (CANTOS DE MONTEVIDEO)

Al margen del interés despertado por el fenómeno social de la emigración existe la nostalgia y el sentimiento de dolor que esta separación da lugar en las familias de los afectados, tanto en los que se quedan como en aquellos que se van, reflejado de forma singular en toda una serie de composiciones líricas conocidas, curiosamente, bajo la denominación *Montebideoko kantuak* o *Cantos de Montevideo* que tienen su origen en los certámenes literarios organizados por Antoine Thompson D'Abbadie, el primero de los cuales se celebró en Urruña (Laburdi) en 1853. El hecho de que ya en el primer concurso literario patrocinado por D'Abbadie se adoptase como tema a desarrollar, precisamente, la emigración vasca a Montevideo, nos da una idea de la importancia social del problema en cuestión.

Sin embargo, antes de Antoine D'Abbadie, J. Martín Hiribarren (1810-1866), sacerdote nacido en Askain, había abordado este problema en algunos de sus trabajos. En 1853 publi-

7. A. Magariños: *Estudios históricos, políticos y sociales sobre el Río de la Plata*, pág. 365. París, 1854.

ca un extenso y dilatado poema, titulado *Eskaldunac*⁸, que contiene alrededor de 5000 versos, en los cuales hay referencias a la emigración a América y concretamente a Montevideo, así como al dinero enviado por los indios. De la misma fecha es su *Montebideoco berriac* (Noticias de Montevideo)⁹, constituido por once cantos, en forma rimada. En esta última obra se pronuncia ya de una manera abierta, en contra de la emigración de los jóvenes vascos a América.

Parece que D'Abbadie tomó de la obra de Hiribarren el título del tema a desarrollar en las primeras Fiestas Euskaras, en las que, casualmente, el propio Hiribarren actúa formando parte del jurado, junto a Larralde-Disteguy, alcalde de Urruña.

En estas Fiestas Euskaras de 1853, participaron, entre otros, Pierre Topet "Etchahun", conocido bertsolari suletino, y Martín Eguiateguy, residente en Montevideo, que envió desde la capital uruguaya un trabajo. Sin embargo, el jurado falló a favor de B. Celhabe, autor del poema "Montebideo-rat noa" (Me voy a Montevideo).

Celhabe era natural del pequeño pueblo labortano de Bardos, utilizando por ello el seudónimo de *Bardoztarra*. El poema comienza explicando los motivos de la marcha a Montevideo.

Entzunik espantutan Indien berria,
Beldurtu ere gabe ote den egia,
Montebldorat noa zenbait urterentzat,
Aisia bildu naiz azken egunentzat,

"Habiendo oído con elogios, noticias de las Indias, sin dudar siquiera su veracidad, me voy a Montevideo para algunos años, queriendo asegurar el bienestar de mis últimos años".

Celhabe termina expresando la nostalgia y el deseo de volver a encontrar el caserío de sus padres tal como lo dejó¹⁰.

El segundo de los poemas premiados, "Nahi nuen kantatu, alegera partitu" (Quiero cantar y partir gozoso), de un autor desconocido que se ocultaba bajo la firma de "Garaztar batek" (Uno de Garazi), denuncia la actividad de los agentes reclutadores, sus falsas promesas, el abandono de que son objeto los emigrantes a su llegada, e incide en el dolor que representa el alejamiento de las propias raíces.

A pesar de todo y desde el punto de vista de denuncia social de una situación concreta, los mejores son, sin duda alguna, aquellos que no obtuvieron premio, los trabajos presentados por Martín Eguiateguy y Etchahun, como sucede con harta frecuencia en la vida.

Martín Eguiateguy conocía el problema de primera mano, por ser él mismo un emigrante y haberlo sufrido en su propia carne. El título de su trabajo, "Eskualdun baten bihotz minak Montebideo-rat joanez" (Las penas de un vasco emigrado a Montevideo) ya habla por sí solo. En el poema nos habla de las redes de captación, los intermediarios, los compromisos

8. J.M. Hiribarren: *Eskaldunac-Iberia, Cantabria, Eskal-Herriac, Eskal-Herri bakhotcha eta hari darraicona. Bayona, 1853.*

9. J.M. Hiribarren: *Montebideoco berriac. Bayona. 1853.*

10. *Enciclopedia General Ilustrada del País Vasco "Auñamendi"*. Literatura, vol. 1, pág. 411. San Sebastián, 1969.

adquiridos por escrito sobre el pago del viaje, el hacinamiento y los problemas de la travesía, la mala alimentación, etc. Aunque, como el bien dice:

Biziaren erdia
Baita esperantza

“la esperanza es la mitad de la vida”, no tarda en llegar la desilusión al tener que desenvolverse en un medio social con conflictos armados, pillaje y otros problemas laborales.

Etchahun en su composición “Montebideo-rat juailiak” (Los que van a Montevideo) trata de reflejar, al igual que Martín Eguiateguy, la realidad del grave problema que la salida de tantos jóvenes representaba para el país Vasco Norte, donde el fenómeno emigratorio hacia el Uruguay alcanzó particular intensidad.

Para este gran cantor de Zuberoa, buscar la riqueza fuera del País Vasco era como ir a pescar al monte, “hori da arrantzura larrillar juitia”, escribe el poeta. Etchahun veía que la marcha de tanta gente joven representaba un expolio para el país, en tanto se enriquecían los comisionistas y la tierra que los recibía. “Bere fortunak behar hek egin sinpleki”, nos dice al expresar esta idea. Por otro lado Etchahun pone el acento en el trabajo de los comisionistas o enganchadores, a los que compara con los antiguos negreros. “Gizun faltsu eli bat bat jiten zaitze hanti/Nahiz jente erostez zerbait irabazi”.

A pesar de ello, la certera visión de Etchahun no mereció la atención del jurado, compuesto casi todo él por curas. Buen bertsolari, Etchahun no se muerde la lengua y se revela ante el hecho con unos nuevos versos a los que titula “Bi berset horiez” (Con estas coplas), que tienen gran interés porque nos dan a conocer, además de la protesta y la manipulación del concurso, el planteamiento y la finalidad última del mismo: contener la emigración, valiéndose para ello de uno de los procedimientos más populares, los concursos de bertsolaris, y así tratar de llevar los problemas derivados de la emigración a los últimos rincones del País Vasco

Bi berset horiez nahi dur khuntatu
Apehezek nula tien koblarik trunpatu
khanlore egitera gutie manhatu
Nahiz Montebideo rat juiteti baratu
Eta prima jitz eman hobenari...

“Con estas coplas quiero contar como los curas (del jurado) han hecho fraude a los poetas; nos encargaron que compusiésemos versos destinados a impedir que nadie marche a Montevideo, prometiendo premiar al mejor”¹¹.

Treinta años después del primer concurso de Urruña, la revista *Euskal Erría* volverá a plantear a la Diputación Foral de Guipúzcoa, en 1883, la necesidad de utilizar su imprenta en una campaña contra la emigración, “para la publicación de versos en Bascuence, escritos *ad hoc* y entregados gratuitamente a los ciegos que se dedican a esta industria, que se encargarían de hacerlos llegar al último caserío, pues sabida es la afición, que en nuestras clases populares existe a esta clase de trabajos”¹².

11. Op. Cit., pág 408.

12. Euskal Erria, nº 9, pág. 450. 1883.

En conjunto, los poemas de Etchahun y Eguiateguy alejados del romanticismo que caracteriza a las composiciones presentadas por los otros participantes, son los que mejor expresan el hecho emigratorio a Montevideo, aunque, hay que reconocerlo, están en contraposición al espíritu que anima las tan repetidas estrofas del *Gernikako arbola* de Iparraguirre, expresión de la acción y de la participación vasca más allá de sus límites geográficos.

Posteriormente, la línea marcada por los “Montebideoko kantuak” se continúa en otros certámenes. El tema de la emigración a América es algo recurrente en los concursos literarios de las Fiestas Euskaras, y aparece una y otra vez como fuente de inspiración de escritores y bertsolaris, reflejando un problema latente en la sociedad rural de la época.

Martín Guilbeau publica, en 1855, “Euskaldun baten bihotzmiñak Indietan”, poema en el que canta el paisaje nativo de aquellos que partieron a América y expresa la nostalgia por la tierra abandonada a la que se desea retornar.

En las Fiestas Euskaras de 1857 (Urruña), organizadas, también, por D’Abbadie, es galardonada con el primer premio la poesía “Euskaldun baten auhenak Montebideon emanak 1857’an” (Lamentaciones de un vasco dadas en Montevideo en 1857). Su autor, Louis Ithurbide, invita a los jóvenes a dejar el sueño de América, animándoles a alistarse en el cuerpo de “cazadores” del ejército francés.

Una vez más, el tema está presente en el ánimo de algunos de los participantes al certamen literario de 1858 (Urruña), donde alcanzan una mención honorífica “Chant de depart pour l’Amerique”, de Etchebarne, y “Regrets du Basque à Montevideo”, de Joseph P.

En 1866, el jurado del certamen de Sara concede un segundo premio a la poesía “Amerikak” (Los Americanos), presentada bajo las iniciales de J.M., que ocultaban la identidad de José Mendiague, poeta emigrado a Uruguay y posteriormente a Argentina.

A partir de 1873, después de veinte años en los que solamente se podía participar con trabajos de poesía, comienzan a admitirse escritas en prosa.

Por fin, en 1879, las Fiestas Euskaras cruzan la muga, celebrándose en Elizondo (Navarra). En ellas participa Iparraguirre y compone un zortziko en el que recuerda a los vascos residentes en América. Asimismo, alcanza una mención la poesía “Adios Amerikari” (Adiós América) de Darrupe-Harluz (Elissamburu?).

En su peregrinar por los diferentes lugares de la geografía, las Fiestas Euskaras recalán en Mauleón (Zuberoa) en el verano de 1880, otorgándose el segundo premio al bertsolari bajonavarro Joanes Otsalde, por la composición “Beranteko urrikiak” (Arrepentimientos tardíos), en el que otra vez más se nos habla del camino de América y de los agentes o intermediarios que visitaban los caseríos, tratando de captar a los jóvenes. Era un tema que conocía muy bien, ya que también él había sido emigrante, durante algunos años, en Gualaguay, Argentina. Se concedió, igualmente, una mención honorífica a “Ameriketako berri” (Noticias de América) de Darrupe-Harluz.

A veces el problema de la emigración se toca muy de pasada en el conjunto de los trabajos presentados. En 1882 Pierre D’Ibarrat es galardonado en Sara con el primer premio por su poesía “Ikhazkina mendian” (Carbonero en la montaña). En uno de los últimos versos, manifiesta:

Ene anai goan zen Amerikan barna,
Laster zerbeit eginik ustekotan lana;
Egun bezein aberats zen sorthu zenien!
Hobe lukela dio ikhazkin mendian.

“Mi hermano se fue a América con la idea de dejar el trabajo, luego de hacer algún dinero; cuando nació era tan rico como ahora. Dice que mejor le hubiera sido (estar) de carbonero en la montaña”¹³.

Es decir todas las familias, prácticamente, tenían alguno de los suyos al otro lado del mar.

Paulatinamente este tipo de certámenes o concursos se va extendiendo a otros lugares del País y con ello aumenta el número de participantes. En el certamen de Pamplona de 1883, Carmelo Echegaray obtiene una mención honorífica por su poesía “Euskal-Errian sortzen, Ameriketak iltzen” (Nacer en Euskalerría, morir en América). También obtuvo galardón el poema en castellano “Emigración navarra al Sur de América”, de Andrés Crespo Botella, claro testimonio de que el problema había calado, igualmente, en la zona no vascofona de Navarra.

Claudio Otaegui, colaborador del príncipe Luis Luciano Bonaparte en algunos de sus trabajos lingüísticos, compone “Amerikatik”, premiado en las Fiestas Euskaras de Santesteban (Navarra) de 1889.

Dentro de este grupo de escritores que viven el problema social de la emigración no puede faltar la figura de Iparraguirre, conocedor como ningún otro de esta situación por haberla vivido plenamente. Su poema “Amerikatik urretxuko semeai”, escrito durante su estancia en el Uruguay, está más en la línea marcada por Etchahun, dada la realidad y crudeza con que aborda el tema en algunas de sus estrofas.

Bai, nere adiskideak
bear da pensatu
zuretzat Amerikak
nola dau mudatu;
iñork emen ezindu
lanikan billatu,
orain datorrenari
behar zaio danatu.

Si mis queridos amigos / quiero que tengáis en cuenta / cómo ha cambiado / para vosotros América, / nadie puede buscar / aquí trabajo, / y a quien venga ahora, / le pesará a buen seguro.

Como se ha repetido muchas veces la intuición del poeta sabe reflejar, mejor que nadie, los problemas íntimos de la sociedad en la que le toca vivir, siendo éste un ejemplo más de ello. Algunos de estos poetas y bertsolaris tienen en su misma familia miembros que emigran a América. Concretamente el escritor Francisco Grandmontagne, emigrante en la pampa argentina y cantado por Antonio Machado en unos versos memorables leídos en el homenaje que se le tributó en el Mesón del Segoviano, era sobrino de Claudio Otaegui.

A veces son personas ajenas al mundo literario, quienes abordan el problema de la emigración. Así, en 1886, Louis Etcheverry, abogado y economista social, discípulo de Le Play, publica “Los bascos y su emigración a América”.

El abate Charles Bécas (1847-1911), en el poema de carácter religioso “Eskualdun fededunak”, compuesto en honor de Ntra. Sra. de Ainhoa, recuerda a los vascos de América

13. *Enciclopedia General Ilustrada del País Vasco “Auñamendi”*. Literatura, vol.I, pág. 496. San Sebastián 1969.

y, especialmente, a los menos favorecidos por la fortuna. En otro poema menciona el caso de un pastor, *Manech*, que emigrado en este caso a California, envió 100 francos para ayudar a los seminaristas de Larresoro, cuando este centro fue clausurado por las autoridades francesas.

Algo que llama la atención al examinar el conjunto de todos estos trabajos, es el tono de nostalgia, pesimismo y frustración que alienta en un buen número de ellos, salvo excepciones. No es necesario recordar que muchos de ellos fueron escritos, precisamente, con objeto de disuadir a los jóvenes a emigrar a América. Pero da la impresión que son los menos afortunados en la aventura americana quienes toman la pluma, como acontece cuando los que participan en estos concursos literarios son poetas y bertsolaris que han vivido la experiencia dura de la emigración. Son los casos de Martín Eguiateguy, José María Iparraguirre, Joanes Otsalde, José Mendiague y otros. Una vez más se cumple aquello del poeta Antonio Machado: se canta lo que se pierde.

Afortunadamente hay excepciones, aunque muy pocas. En los Juegos Florales de San Sebastián, de 1883, Victoriano Iraola recibe una mención honorífica por su trabajo "Juan Manuel Besnés eta Irigoyen", en el cual narra, sucintamente, la vida de este emigrante donostiarra que triunfó en Montevideo a mediados del siglo XIX.

Quizá el poema más grato de leer de cuantos tratan el problema de la emigración, ya que refleja el lado positivo de la misma, frente a quienes no hacían otra cosa que cantar su dureza y los peligros que significaba, cuando no el fracaso, sea "Artzaintsa mendian" (La pastora en la montaña) de Pierre D'lbarrart, premiada en el certamen de Ustaritz, en 1893¹⁴. En él se nos habla de los huertos, viñas, caseríos y pueblos que han mejorado considerablemente, gracias al dinero traído de América por los indios.

Arratsaldetan begira nago xoratua kanpoeri,
Nola egin den denbora gutiz zeru berri bat iduri:
Pentze, mahasti, baratze, herri, etxalde eta jauregi.
Zanbait Lapurtar nun izan diren hor dira obrak ageri,
Heia dutenez Amerikatik urhea nasai ekarri!

"Por las tardes me estoy extasiada mirando los campos, cómo se han vuelto en breve tiempo como un paraíso nuevo: praderas, viñas, huertos, pueblos, caseríos y palacios: ahí están patentes las obras para saber dónde han estado algunos laboratorios, ¡si han traído dinero en abundancia desde América!"

La joven pastora termina su copla con un canto de esperanza en la llegada de su joven amado, que vendrá de América.

Bertsu haukien aditzaleak nahi luke orai jakin
Artzaintsa hori bere mendian egon behar den mutxurdin.
Bai egonen naiz, ez ezkontzekotz hitzeman dautanerekin;
Bainan maitea Amerikatik jinen baita zerbaitekin, Bi menditarrek nahiko dugu hitzari
ohore egin!

"El oyente de estas coplas querría ahora saber si esa pastora ha de permanecer soltera en la montaña. Sí, lo estaré, de no casarme con aquel a quien di palabra; pero mi amado vendrá de América con algo, y estos dos montañeses querremos hacer honor a nuestra palabra!"

14. Op cit, pág. 547-549.

En 1897, Antonio Arzac, director de *Eustal Erría*, lee un trabajo titulado "L'emigration" en las Fiestas de la Tradición de San Juan de Luz, y habla de los emigrantes que después de muchos años vuelven al país para restaurar el viejo caserío¹⁵. También León Bonnat, miembro del Instituto, y Gustavo Boucher, secretario general de la *Société d'Ethnographie nationale et d' Art populaire*, se manifiestan en igual sentido en los actos que se celebraron en dichas Fiestas.

LAS ACTIVIDADES DE LOS EMIGRANTES

Sin embargo, aunque el núcleo grueso de los emigrantes a Uruguay en la primera mitad del siglo XIX, estuvo formado por labradores y jóvenes con algún oficio (cantero, confitero, hojalatero, sastre, herrero, carpintero, etc.) —entre los cuales va a sobresalir un pequeño grupo con una manifiesta vocación empresarial—, un examen más detallado sobre su procedencia y origen social nos revela la presencia de personas pertenecientes a otros sectores de la sociedad, entre ellos varios médicos y cirujanos, cierto número de oficiales y voluntarios carlistas que no quisieron acogerse al Convenio de Bergara, unos pocos profesionales vinculados al mundo de la enseñanza y el arte (escultura, dibujo, grabado y música), varios sacerdotes y algunos pelotaris, entre otros.

Nada de esto recogen los "Montebideoko kantuak" y es, precisamente, la otra cara de la emigración, la más grata, la de aquellos que triunfan o por lo menos salen adelante en esa difícil coyuntura. Justo es, pues, que tratemos de recordarlos brevemente —por lo menos a algunos de ellos— ya que no han tenido quien les cante y van a ser sus propias obras las que hablen por ellos.

De acuerdo con las listas de embarque, parciales, elaboradas con datos existentes en el Archivo de Protocolos de Oñati, entre 1840 y 1842, embarcaron en el puerto de Pasajes, con destino a Montevideo y Buenos Aires, 1300 personas¹⁶. Los encuentros entre familias y conocidos de un mismo lugar o pueblo no eran infrecuentes en los muelles de Montevideo, escala de los buques que hacían la ruta hacia el Río de La Plata. Los lanzones del santurzano Ramón de Artagaveitia ayudaron, más de una vez, a desembarcar el modesto equipaje de los que llegaban con la esperanza puesta "en mejorar su fortuna", frase alegada por los emigrantes a la hora de justificar su partida en la documentación que la legislación exigía para obtener el visado de salida y realizar el viaje.

Una vez en los muelles de Montevideo procuraban buscar un trabajo, más o menos estable, con el fin de pagar los gastos del viaje. Al menos éste era el proceder de la mayoría de ellos. Según cálculos se necesitaban uno o dos años de trabajos para amortizar el importe del viaje.

No todos podían hacer frente a la nueva situación. En 1836 grupos de emigrantes vascos realizan trabajos en la apertura de la Ciudadela y la construcción del Mercado nuevo de Montevideo, como forma de satisfacer los gastos del pasaje.

La emigración a Montevideo se incrementa a partir de 1839, después del Convenio de Bergara. Los vascos se dedicaban a trabajar en las canteras de piedra, como albañiles y en la carga y descarga de mercancías en el puerto. Otra tarea frecuentada por ellos era la cría

15. A. Arzac: "L'emigration", pág. 211. *La Tradition au Pays Basque*. San Sebastián, 1982.

16. M^º P. Pildain Salazar: *Ir a América*, pág. 80. San Sebastián, 1984.

y pastoreo de ganado en las extensas regiones despobladas del Uruguay, sembradas de ranchos aislados, contruidos de barro, con las techumbres de paja y sostenidos por palos, en las que pastaban miles de cabezas de ganado.

En Montevideo el principal núcleo vasco se había establecido en torno al Cerro, la zona más alta de la ciudad, llegando a constituir la mayoría de la población de ese barrio. Según el escritor argentino Faustino Sarmiento, la población vasca de Montevideo en 1845 se cifraba en unas 4.000 personas y su identidad étnica con respecto a otros grupos de emigrantes era ampliamente reconocida, como afirma Colá y Goiti en su libro. La propia Iglesia tomó conciencia de la importancia que representaba este núcleo de emigrados y los vascos residentes en esta ciudad construyen su primera iglesia, en 1858, y la congregación vasca de los Betharramitas crea misiones en el interior del Uruguay para atender las necesidades espirituales de la población rural, entre la que se contaban no pocos vascos.

El comercio y la industria permanecían ligados a la riqueza agropecuaria del país, siendo su principal actividad los saladeros. La industria de Montevideo estaba limitada a la manufactura de los productos derivados de la ganadería, concretamente a la elaboración del tasajo o carne desecada en los saladeros establecidos en los alrededores de Montevideo, próximos a la costa. Una gran parte del peonaje de esta industria los constituían vascos. La Guerra Grande resultó perjudicial para su normal actividad, viéndose obligados los saladeros a suspender la labor. En 1854 sólo permanecía el saladero de Lafone en plena actividad. Los obreros vascos de los saladeros utilizaban el euskera como vehículo de relación entre ellos. El lingüista Luis Luciano Bonaparte poseía en su biblioteca de Londres una relación de las palabras vascas degeneradas y las construidas que empleaban estos sufridos trabajadores.

La elaboración del tasajo, también llamado *charque*, carne acecinada, se inició en 1754 y fue la primera industria que tuvo el Uruguay. Sin embargo, no tuvo verdadera importancia hasta 1784. En ese año un grupo de estancieros acaudalados y emprendedores iniciaron en gran escala la industria del tasajo, tomando impulso tras las exportaciones que hizo a La Habana, en 1785, el comerciante catalán D. Juan Ros, con el envío de 4.870 kilogramos de tasajo en el paquebote *Los tres reyes*. En vista del éxito logrado, el mismo barco realizó un segundo viaje a la isla del Caribe, llevando en esta ocasión ciento cuarenta y siete mil kilogramos de tasajo. La aceptación del producto estaba así garantizada. Para darnos una idea de su importancia en la economía uruguaya, diremos que entre 1785 y 1793 se exportaron más de seis millones de kilogramos. Un siglo después, en 1886, año en que se declara la epidemia de cólera en el Río de la Plata, eran considerablemente superiores las cifras del tasajo exportado.

Los integrantes de la Expedición Española al Pacífico de 1862-1866, visitaron una de estas industrias, llamándoles la atención las penosas condiciones de trabajo en las que realizaban las tareas muchos jóvenes emigrantes vascos: "La inspección del mayor saladero o industria de salazón de carnes del Uruguay resultó interesante para los visitantes españoles. Un inglés llamado Samuel Lafone era propietario del establecimiento, regido por Enrique Hunzinger. La riqueza del Uruguay se centraba en torno a los extensos rebaños de ganado vacuno, caballos y ovino, cuyos cueros, grasas, lana y carne se manipulaban y exportaban. La carne seca y salada (*charqui* o *tasajo*) era el producto más importante, y en su mayor parte se enviaba al Brasil y a Cuba, donde servía para alimentar a los esclavos de las plantaciones. La factoría de Lafone, a unas dos horas de Montevideo, tenía sus propios muelles en el río de la Plata. Durante la época de la matanza, de noviembre a marzo, unos doscientos empleados descuartizaban de ochocientas a novecientas cabezas de ganado al día. Jiménez de la Espada decía que la mayoría de los obreros eran vascos, tocados de boina,

que trabajaban duramente en los sucios y apestosos tinglados y edificios. Después de guiarlos en su recorrido por la factoría, el encargado sirvió a los visitantes cuatro platos de carne cortada de diferentes partes del mismo animal. Es un almuerzo curioso, pero en verdad no muy agradable, dijo Jiménez de la Espada”¹⁷.

AGRICULTORES Y GANADEROS

Como sucede en todo grupo social, los más emprendedores, con el paso del tiempo, llegan a crear sus propias empresas saladeras en Uruguay y Argentina. J.M. Lesca, presidente de L'Association Amicale Bearnaise et Basque de Paris, ha escrito al respecto:

“A l'époque de la tonte, les Basques occupés dans les saladeros qui en travaillent que six a sept mois par an, sont libres; ils partent alors a la campagne embauchés par les plus hardis d'entre eux, qui forment des équipes avec lesquelles is vont faire la tonte des troupeaux dont ils ont acheté la laine, devenant ainsi négociants”.

“Dans les saladeros, la principale industrie du Rio de la Plata pendant des nombreuses années, le besogne est dure, penible; on commence à 2 ou 3 heures du matin por en terminer qu'é 4 ou 5 heures du soir. Tuos les travaux sont à tâche et bien payés. La, nos gens apprennent le metier de desollador, desportador, descarnador, charqueador, salador; ce sont là les plus rudes du saladero, mais aussi les plus lucratifs”.

“Plus tard, ils sont saladeristas, les voilà patrons a leur tour et tout leur esprit d'initiative et toute leur activité seront employés a développer et améliorer cette industrie, si bien qu'après quelques années, on la voit passée presque exclusivement dans des mains basques”.

“Buenos Ayres, Montevideo et les rives du Rio Uruguay, ont leurs saladeros, partout ou à peu pres partout, les Basques en sont les propriétaires. Ils son t presque maitres de cette industrie dont on peut juger l'importance si l'on sait qu'un million des boeufs environ sont abattus et préparés para an par les différents saladeros du Rio de la Plata”¹⁸.

Un ejemplo de iniciativa en el campo de la agricultura y la ganadería son los emigrantes Pascual Harriague, Domingo de Ordoñana y Ramón Artagaveitia.

Pascual Harriague, había nacido en el pueblo labortano de Hasparren, en 1819, y al igual que muchos otros jóvenes vascos, emigró al Uruguay en 1838.

Los primeros pasos de Harriague en Montevideo fueron como peón en la industria saladera del tasajo o carne desecada. Más tarde, asociado a un paisano suyo, Juan Claverie, instaló su propio saladero, base de una cuantiosa fortuna, hecho que le permitió la realización de uno de sus deseos más queridos, iniciarse en el campo de la agricultura y en especial en el cultivo de la vid, al que iba a consagrar, desde 1860, largos años de experiencias en sus tierras del departamento de Salto, en la chacra San Antonio, lugar que habría de revelarse, años después, particularmente apropiado para esta clase de cultivos.

Después de una serie de fracasos con uvas negras naturalizadas en el país, Harriague inicia, en 1874, el cultivo de cepas francesas, que ya anteriormente había sido ensayado,

17. R. Ryal Miller: *Por la ciencia y la gloria nacional. La Expedición Científica a América (1862-1866)*, pág 77. Barcelona, 1983.

18. J.M. Lesca: *Basques et Béarnais dans l'Argentine et l'Uruguay*, pág. 5-6. Burdeos, 1907.

con éxito, por otro vasco residente en Concordia, provincia de Entre Ríos, en la República Argentina. El éxito volvió a repetirse en las tierras salteñas de Harriague, cosechándose, por primera vez, una excelente uva, muy adecuada para la elaboración de vino, en las treinta y cinco hectáreas plantadas de viñedo, en terrenos próximos a su saladero, sentando, así definitivamente, las bases de las bodegas Harriague.

A partir de aquí y de una forma rápida, Harriague desarrolla su industria vitivinícola. En 1883 sus bodegas almacenaban trescientas bordolesas de vino tinto. Cuatro años más tarde, en 1887, estas llegaban a mil, y entre los productos elaborados por Harriague, además de los tintos, se encontraban otros tipos de caldos: blancos, secos, dulces, etc.

El esfuerzo y tesón de este vasco-francés fue reconocido y premiado por el Gobierno Uruguayo, presidido por Máximo Tajes, que acuñó una medalla para premiar tanto a él, como a Francisco Vidiella, otro importante viticultor, "por su personal constancia y patriotismo en la solución de un problema que interesaba tanto al país".

Desde esa fecha y a pesar de la falta de tradición viticultora del Uruguay, el cultivo de la vid se extendió a otros departamentos, entre ellos Florida, Canelones, Salto, Montevideo, Soriano, Paysandú y Tacuarembó.

Entre tanto, Pascual Harriague, con importantes problemas de salud, agravados por la edad y las preocupaciones que el azote de filoxera venía causando a uno de sus más queridos proyectos, había retornado al País Vasco en busca de descanso y de alivio para sus males, sin encontrar remedio, pues fallece en París, el 14 de abril de 1894, a los setenta y cinco años de edad.

El alavés Domingo de Ordoñana Iparraguirre (Vitoria 1829-Barcelona 1897) emigró al Uruguay en 1842, siendo acogido por Juan Antonio Porrúa, tío suyo. Al poco de llegar se vio envuelto en la Guerra Grande, participando en la defensa de Montevideo, sitiado por el ejército de Oribe. Al igual que la mayor parte de los soldados y oficiales pertenecientes al "Batallón vasco", acabó pasándose a las filas de Oribe, poniéndose al servicio del sitiador, donde desempeñó cargos en los servicios de Sanidad militar.

Tras la paz, en 1851, pasó a Buenos Aires, licenciándose en Medicina, aunque nunca llegó a ejercer la profesión, a pesar de figurar en las listas de socios de varias instituciones académicas, entre ellas la Matritense. Su vocación le llevó a consagrarse de lleno a la causa rural, y en 1860 se estableció como estanciero en el departamento de Soriano, logrando hacer una fortuna. Aquí recibió a su primo, el poeta Iparraguirre, en 1859, en su estancia de la Casa Blanca. Iparraguirre se dedicó al pastoreo de las ovejas de Ordoñana, desde 1859 a 1861, hasta que pasó a Montevideo, para regentar, por poco tiempo, un café que terminó por arruinarlo.

En colaboración con un grupo de vascos pertenecientes a alta clase rural, como los Artagaveitia, Porrúa y Balparda, Ordoñana funda, en 1871, la Asociación Rural del Uruguay, con la finalidad de fomentar y defender los intereses agrícolas y ganaderos.

Este alavés representa la conjunción del hombre de acción, con capacidad para los negocios y el interés por los ensayos agrícolas y ganaderos, tales como la aclimatación y plantación de nuevas especies vegetales, y la mejora y refinamiento de las razas animales, colaborando, a la vez, en diversas revistas, pues era escritor de pluma fácil, que gustaba de escribir sobre los numerosos viajes que realizó al extranjero, el primero de los cuales lo hizo a la Exposición Universal de París, en 1878. Ese año publica en Vitoria un libro sobre la cría de cabras de Cachemira y Angora. Antes, en 1875, había participado en la redacción del Código Rural.

Durante muchos años desempeñó, igualmente, el puesto de Secretario de la Asociación Rural, promoviendo desde ese puesto estudios de botánica aplicada y otros temas. Le atraía todo lo relacionado con el campo y escribió trabajos muy diversos, entre ellos "Arboricultura y silvicultura", "Riquezas forestales", "El timbo", "El ñandú", "Planta índigo" y otros muchos artículos. Por iniciativa suya, la Asociación Rural del Uruguay publicó, en 1873, la obra de Ernesto Gibert sobre la flora montevideana, e inició la celebración periódica de congresos agrícola-ganaderos con el fin de fomentar la mejora y calidad de los productos del campo.

Ordoñana murió en 1897, en Barcelona, en el curso de unos de sus viajes al extranjero. Por deseo suyo los restos volvieron al Uruguay, para ser enterrado en su estancia de Soriano, en el cementerio de Nueva Palmira.

Dentro del grupo de vascos que participan en el desarrollo de la ganadería hay que recordar la figura de otro emigrante, el vizcaíno Ramón Artagaveitia (Santurze 1789, Montevideo 1852). Al igual que el alavés Domingo de Ordoñana, entre sus múltiples empresas Artagaveitia llevó a cabo trabajos de selección de las razas de ganado crillo, en el marco de la Asociación Rural del Uruguay¹⁹.

MILITARES Y POLÍTICOS

El general Manuel Oribe era el segundo presidente que tenía la República, pero no pudo terminar su mandato al ser destituido por Rivera, sublevado contra él. Oribe se retiró a la Argentina y apoyado por el dictador Rosas, volvió al Uruguay con un ejército, en su mayoría argentino, y puso sitio a Montevideo el 16 de febrero de 1843, comenzando así la denominada Guerra Grande que duró hasta el 8 de octubre de 1851. El episodio bélico terminó, después de nueve años, con un tratado de paz en el cual se declaraba que "no había vencidos ni vencedores".

En esta guerra participaron numerosos vascos formando un batallón. Muchos de éstos procedían de la primera guerra carlista y, al terminar ésta, habían emigrado al Uruguay. Otros, en cambio, llevaban años en la ciudad, entre ellos Ramón de Artagaveitia, con importantes intereses ganaderos, además un próspero negocio de lanchas en el puerto de Montevideo. Al iniciarse la contienda, Artagaveitia fue encargado por Oribe de agrupar a sus paisanos en un batallón conocido como los "Voluntarios de Oribe". En los primeros momentos de la lucha algunos de ellos apostaron por el liberal Rivera, pero muy pronto la mayoría pasaron al bando del conservador Oribe.

El batallón vasco, en el momento de disolverse al finalizar la contienda, en 1851, contaba con cuatro mil hombres, según refiere Mariano B. Berro. Artagaveitia falleció en 1852, al año de acabar la guerra, después de alcanzar el grado de teniente coronel.

Al lado de este emprendedor santurzano, luchó Lesmes de Bastarrica. Bastarrica había nacido en San Sebastián en 1807 y obtuvo el grado de comandante en la primera guerra carlista, pasando a Francia al terminar la contienda civil y más tarde al Uruguay, donde llegó a actuar de ayudante del general Oribe. Este oficial guipuzcoano debió ser hombre de gran valor, participando posteriormente en diversos episodios bélicos de la vida política uruguaya, siempre en el bando *blanco*. Murió en 1878 después de haber ascendido al generalato.

19. F. Mañé Garzón: *Un siglo de Darwinismo*, pág. 149 Montevideo, 1990.

Otros oficiales carlistas que intervinieron en la Guerra Grande, en el lado *blanco*, fueron Gerónimo Amillbia (1821-1910), natural de Zarauz, que llegó a alcanzar el grado de coronel en el ejército uruguayo, y el irunés Francisco Javier Gurruchaga, muy ligado por lazos familiares y políticos a Bastarrica, muerto en La Unión, en 1883, con el grado de teniente coronel.

No todos los vascos participaron en esta contienda en el lado *blanco* o conservador. Al crearse la Legión Francesa, su organizador el coronel Thiebaut, pidió al médico bajonavarro Juan Bautista Brié, la creación de una compañía de Cazadores Vascos, pues consideraba a Brié con capacidad para agrupar a los vasco-franceses existentes en Montevideo. La Legión Francesa que actuó en la Guerra Grande, apoyando al liberal Rivera, llegó a contar con unos dos mil soldados, de los cuales la mitad eran vasco-franceses.

Hay más excepciones dentro del grupo de emigrados carlistas, como el tolosano José Antonio Machiandarena (Tolosa, 1824-Montevideo, 1874), que se puso, también, al servicio del partido *colorado* durante la Guerra Grande. Más tarde participó en otras campañas militares, entre ellas la guerra del Paraguay. Terminó sus días en Montevideo con el grado de coronel, siendo conocido en Uruguay con el nombre de José Machín, aunque figura con su nombre completo en la lista de embarque de 1841²⁰.

Otro es el bajonavarro Juan Pablo Goyeneche (Arneguy, 1813), alistado en las filas del general Rivera en la Guerra Grande. Después desempeñó diversos cargos, entre ellos el de Jefe Político de Montevideo. Murió en 1878, cuando había alcanzado el grado de coronel.

MÉDICOS Y CIRUJANOS

Cayetano Garviso es uno de los muchos emigrados vascos que llegan al Uruguay en los últimos años de la primera guerra carlista. Según se deduce de una nota publicada en el periódico *El Universal*, de Montevideo, Garviso se encontraba en la capital uruguaya desde principios del año 1837. Sabemos que pertenecía a una familia navarra de cirujanos –su padre y su hermano lo eran, al igual que él– como lo ha recogido el Prof. Mañé Garzón²¹.

Después de cursar estudios en el Real Colegio de Cirugía de Pamplona, primero, y, más tarde en el de Barcelona, Garviso adquirió una notable formación y práctica, acompañando a su padre en el ejercicio de la profesión durante la campaña carlista, en diferentes hospitales militares. Sin embargo, es en la Facultad de Medicina de Buenos Aires donde obtiene el título de médico, en 1842, cinco años después de su llegada a Montevideo, con un trabajo titulado: “Sobre la irritación, inflamación y fiebre. Tesis que presenta a la Universidad de Buenos Aires”, que lleva el número cincuenta, y consta de 31 páginas.

Durante estos cinco años que preceden a la obtención del título de médico, Garviso desplegó una notable actividad como cirujano, trabajando, algunas veces, en colaboración con el más prestigioso médico de Montevideo, el Dr. Vilardebó, el primer médico propiamente uruguayo.

Un ejemplo de ello es que de los seis trabajos que llegó a publicar Cayetano Garviso sobre temas relacionados con sus intervenciones quirúrgicas, cinco los publicó entre los

20. M^a P. Pildain Salazar: *Ir a América*, pág. 122. San Sebastián, 1984.

21. F. Mañé Garzón: *Vilardebó (1803-1857). Primer médico uruguayo*, pág. 287. Montevideo, 1989.

años 1838 y 1842, hasta el punto que hoy constituyen "las primeras contribuciones médicas originales" a la bibliografía médica uruguaya, dándonos la justa medida de su capacidad como cirujano.

Uno de sus trabajos, *Memoria de una metrotomía, o resección de cuello uterino* (Montevideo, 1840), está dedicado a dos de sus profesores en el Real Colegio de Cirugía de Barcelona, los cirujanos Ramón Frau y Francisco Juanich. Refiriéndose a la cirugía uruguaya en la primera mitad del siglo XIX, el Prof. Mañé Garzón ha escrito: "Los trabajos quirúrgicos de Garviso nos ponen de manifiesto el nivel alcanzado por la medicina nacional en esos años. En los tres se ve un espíritu muy diferente al que reinaba años atrás, donde las disputas entre los médicos se basaban en ataques sorpresivos, basados en argumentos subjetivos y en gratuitas afirmaciones"²².

Años más tarde fue nombrado miembro de la Junta de Higiene Pública, estando en esta Institución desde 1868 hasta 1871. Garviso tomó, también, parte en algunos hechos históricos de la vida política uruguaya, llegando a actuar como cirujano en la Guerra Grande, en las filas del ejército del liberal Rivera.

Otros médicos vascos que emigran a Uruguay son Juan Bautista Brié, José María Azarola, Pedro Hormaeche y el cirujano Martín Aroztegui.

Brié había nacido en San Juan de Pie de Puerto, capital de la Baja Navarra, en 1797, y siguió estudios de medicina en Montpellier, avicinándose, más tarde, en Montevideo. En la lista de médicos en ejercicio, publicada en 1839 en la capital uruguaya, aparece Juan Bautista Brié como doctor en medicina. Después de la Guerra Grande se retiró a vivir a Peñarol, dedicándose a practicar la medicina entre las clases más menesterosas del lugar. El doctor Brié, fiel a sus ideales, permaneció adicto al partido *colorado* y murió en 1858, en uno de los episodios revolucionarios que caracterizan a ese periodo histórico del Uruguay.

El guipuzcoano José María Azarola nació en Ormaiztegui, en 1813, y estudió Medicina en Madrid. Posteriormente embarcó para América, en 1843, en la corbeta *Mazarredo*, asentándose definitivamente en Uruguay, donde ejerció la medicina durante el resto de su vida. Vinculado al partido blanco o conservador, trató de una afección gástrica al general Oribe en el sitio de Montevideo, en la Guerra Grande. Más adelante tuvo amistad con el general Justo José Urquiza, presidente de la Confederación Argentina, y con el dictador paraguayo Francisco Solano López.

Martín Aroztegui, cirujano vasco-francés, emigra a Montevideo en 1840 y al estallar la Guerra Grande participa en la misma como cirujano en las filas del ejército de Oribe.

El vizcaíno Pedro Hormaeche es el único de este grupo de médicos vascos que realiza sus estudios en Montevideo, en cuya Facultad de Medicina se graduó. Durante algún tiempo llegó a ser profesor interino de Anatomía en dicha Facultad y, en 1882, lee el discurso inaugural de la asignatura que impartía²³.

Hombre de fuerte personalidad, sus dotes de conferenciante le llevaron a defender con vehemencia las doctrinas liberales, participando en las luchas entre espiritualistas, racionalistas y positivistas que caracterizan la vida intelectual de Montevideo en la segunda mitad

22. Op. Cit. pág. 295.

23. P. Hormaeche: "Fragmentos del discurso inaugural de P. Hormaeche en la cátedra de Anatomía de la Facultad de Medicina". *Anales del Ateneo del Uruguay*, tomo 11, nº 9, pág. 214. 1882.

del siglo XIX. Hormaeché publicó artículos en el periódico *La idea liberal* y fue el alma del Club Francisco Bilbao, que tenía como finalidad la difusión de las ideas liberales. Fue, también, uno de los miembros más activos de la colonia vasca y trabajó para que el Centro Vasco tuviese su propio edificio, llegando a ser presidente honorario de dicha Institución. El Dr. Hormaeché tomó parte, igualmente, en la creación del Hospital Asilo Español y su nombre figura en casi todas las comisiones de beneficencia destinadas a mejorar la situación de sus paisanos menos favorecidos por la fortuna.

Finalmente, en este grupo de profesionales de la sanidad debemos incluir al farmacéutico vizcaíno, José Arechavaleta (Urioste-Ortuella, 1838-Montevideo 1912). Decidido partidario del evolucionismo darwiniano, en su vertiente materialista, fue uno de los introductores del pensamiento positivista en la Universidad de Montevideo, en cuya Facultad de Medicina ejerció la docencia.

La obra más importante de Arechavaleta son sus investigaciones sobre la vegetación del país, en particular la *Flora Uruguaya* (cuatro tomos), además de otros trabajos publicados en la revista *Anales del Museo Nacional de Montevideo*, fundada y dirigida por él. Desde su puesto en la dirección del Museo Nacional, cargo que desempeñó por espacio de veinte años, sostuvo una rica correspondencia con muchos naturalistas y científicos de su época.

Hombre de talante liberal, se interesó por promocionar la enseñanza primaria, motor a su vez de la enseñanza superior, formado parte del grupo de fundadores de la Sociedad de Amigos de la Educación Popular, de marcado carácter laico.

RELACIONES CON LA ENSEÑANZA Y EL ARTE

Algunos de los hechos bélicos que hemos narrado y parte de la historia política uruguaya de la primera mitad del siglo XIX fue recogida, gráficamente, en los dibujos y acuarelas del donostiarra Juan Manuel Besnés e Irigoyen, constituyendo, como ha dicho Fernández Saldaña, una pieza fundamental cuando se trata de orientarse y de iluminar el pasado de este país. Existen una serie de catorce dibujos referentes al sitio de Montevideo debidos a la mano de este guipuzcoano.

Besnés e Irigoyen había nacido en San Sebastián el 12 de julio de 1788 y llegó a Montevideo el 1809. Aquí se hizo maestro y participó en la creación de las primeras instituciones docentes que tuvo la capital uruguaya. En 1839 Rivera le nombró vocal de la Comisión Topográfica. Desempeñó además otros puestos en la administración pública y fue miembro de la Hermandad de Caridad. Sin embargo, la importancia de la obra de Besnés está en su trabajo de calígrafo, dibujante y acuarelista, siendo prácticamente el único testigo que plasmó gráficamente la mayoría de los acontecimientos políticos, militares y culturales del momento que le tocó vivir en el Uruguay del siglo XIX. Gracias a sus acuarelas y litografías podemos contemplar hoy escenas como la entrada del general Rivera en Montevideo en 1838, la llegada del ejército de Rosas al frente de Montevideo en 1843, la jura de la Constitución de 1830, la hazaña marítima de Garibaldi y la inauguración del Hospital de la Caridad en 1825. Entre su obra hay que mencionar, también, los retratos de los políticos y militares más representativos, contribuyendo así a conocer la iconografía militar de los primeros tiempos de la República.

Besnés aprendió el arte de la litografía de la mano de José Gielis, masón belga, natural de Courtray, fundador en 1838 del primer taller de litografía que hubo en Montevideo. La primera manifestación masónica había tenido lugar en Montevideo algunos años atrás, coinci-

diendo con la ocupación de la ciudad por los ingleses, en 1807, y según el historiador De María, entre la población de la capital ya había en esas fechas algunos iniciados. Parece que fue Gielis quien inició a Besnés en la Logia del Sol Oriental, a la que pertenecía desde 1857.

Posteriormente llegó a tener su propio establecimiento litográfico y en él trabajó su ahijado Ramón Irigoyen. En 1843 un decreto gubernativo le nombraba "Litógrafo del Estado". Bajo su dirección se realizó el plano de Montevideo, actualmente existente en el Ministerio de Obras Públicas, que recoge la nueva nomenclatura de calles y plazas propuesta por Andrés Lamas.

Al margen de estos trabajos Besnés recorrió diversas zonas del interior del país, tomando apuntes de pueblos y lugares, y realizando dibujos y acuarelas en las que plasmó diferentes aspectos del desarrollo urbano y social del Uruguay. Este interesante personaje guipuzcoano falleció a edad avanzada, en su casa de Montevideo, en 1865.

En este breve repaso también aparecen otros artistas, como el escultor José María Urquía, muerto en Montevideo en 1883; el músico Facundo de Alzola, hijo de Zumaya y autor de un gran número de composiciones, entre ellas una misa de réquiem, estrenada por primera vez en Barcelona, y el grabador Gregorio María Gárate, discípulo del eibarrés Plácido Zuloaga.

Hay, igualmente, emigrantes con oficios artesanales que destacaron por la calidad de algunos de sus trabajos. Ignacio Garagorri es uno de ellos. Llegó a tener su propio taller en el que realizó importantes trabajos de forja y fundición, entre otros la puerta del Palacio del Cabildo de Montevideo y la fundición de la estatua de la Libertad, de la plaza Cagancha. Murió en Montevideo, en 1878.

En este heterogéneo grupo de emigrantes al Uruguay encontramos, asimismo, varios sacerdotes, siendo los más conocidos los casos de Pedro Irasusta, Francisco Lapitz y Domingo de Ereño. Incluso aparece un profesor, el alavés Julián Becerro de Bengoa, maestro de filosofía en Montevideo. A su vuelta regaló a la Diputación alavesa una colección zoológica y mineralógica, recogida durante su permanencia en ese país americano.

El guipuzcoano Pedro Irasusta, había nacido en San Sebastián, en 1831, y se ordenó sacerdote en Uruguay, en 1855, ejerciendo su ministerio en las ciudades de Colonia y Durazno. Participó en la guerra del Paraguay, como capellan del ejército uruguayo y, posteriormente, se doctoró en Derecho Canónico. Tuvo, también, alguna participación en la política del país, llegando a desempeñar el puesto de Senador por el departamento de Artigas. En 1890 viajó a Roma, en misión oficial por encargo del Gobierno Uruguayo, para dar una solución a la vacante de la sede episcopal de Montevideo, tras la muerte del obispo Inocencio María Yeregui.

Francisco Lapitz era navarro (Arizcún, 1832). Después de ser ordenado sacerdote, ejerció el ministerio, durante algún tiempo, en Baigorri y Alzay. Posteriormente ingresó en la Congregación de Betharran y partió como misionero a Montevideo. En el barrio del Cerro de esta ciudad, habitado en buena parte por vascos, construyó su iglesia y organizó la parroquia. A sus esfuerzos se debe la fundación del Colegio "Euskal Etchea". Trabajó, asimismo, por normalizar las relaciones entre la Iglesia y la república del Paraguay. En 1879 fue propuesto para obispo de Asunción. Es autor de una obra sobre San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier, en euskera, publicada en 1867. Lapitz falleció en Buenos Aires, en 1905.

El vizcaíno Domingo Ereño, de ideología carlista, emigró al Uruguay, al igual que otros muchos correligionarios cuyos, y tomó partido por el general Oribe en la Guerra Grande. Estuvo vinculado, políticamente, al general Justo José Urquiza, de Entre Ríos (Argentina), y

al presidente uruguayo Berro. En medio de una agitada vida política le quedó aún tiempo para ejercer de párroco de la iglesia de San Agustín (La Unión) y de vicerrector del Colegio Nacional de Concepción. Murió exiliado en Buenos Aires, víctima del cólera, en 1871.

BIBLIOGRAFÍA

- A. BARRIOS PINTOS: *Historia de la ganadería en el Uruguay*. Montevideo, 1973.
- J. COLA Y GOITI: *La emigración vasco-navarra*. Vitoria, 1883.
- J. DUPREY: *Voyage aux origenes francaises de l'Uruguay*. Montevideo, 1952.
- E. FERNANDEZ DE PINEDO: "Los movimientos migratorios vascos, en especial hacia América", pág. 105-122. En *Espanoles hacia América. La emigración en masa, 1880-1930*. Madrid, 1988.
- J.M. FERNANDEZ SALDAÑA: *Diccionario uruguayo de biografía (1810-1940)*. Montevideo, 1945.
- J.M. FERNANDEZ SALDAÑA: *El dibujante Juan Manuel Besnés Irigoyen*. Montevideo, 1919.
- M. FERREIRA: *Reseña histórica de la Biblioteca y Museo Nacional*. Montevideo, 1920.
- J. GARATE: "Iparragirre en América", *Iparragirre*. Bilbao, 1987.
- A. GOICOETXEA MARCAIDA: *Un naturalista vasco en Uruguay*. Bilbao, 1993.
- A. GOICOETXEA MARCAIDA: *Epistolario botánico de José Arechavaleta y Balparda*. Bilbao, 1994.
- A. GOICOETXEA MARCAIDA: "Presencia vasca en la medicina uruguaya", pág. 105-122. *Emigración y redes sociales de los vascos en América*. Ed. Universidad del País Vasco. VitoriaGasteiz, 1996.
- J. LEON BENQO & B. FERNANDEZ MEDIAN: *El Uruguay en su primer centenario (1830-1930)*. Montevideo, 1930.
- P. LHANDÉ: *L' emigration basque*. París, 1910.
- M. MARENALES ROSSI: *Contribution à l'étude de l'immigration en Uruguay au XIXe siècle: les Basques*. París. (Thèse de Zième cycle sous la direction de Pierre Vilar. Ecole de Hautes Etudes en Sciences Sociales París (1). 1981.
- M. MORNER: "Inserción del fenómeno vasco en la emigración europea América", pág. 15-30. En *Emigración y redes sociales de los vascos en América*. Vitoria-Gasteiz, 1996.